

Sí, brisa, en tus murmullos
Y en tus errantes giros
Entre las secas ramas,
Alcanzo á comprender
De espíritus ocultos
La voz y los suspiros,
Con que á mi ser responde
Su misterioso ser.

No son las mentirosas
Efímeras visiones
Que en tí la fantasía
Poética fingió;
No son las ilusorias
Sublimes creaciones
En que inspirada aborta
La poesía, no.

Espíritus son esos
Con pensamiento y vida,
¡Oh brisa! porque siento
Sobre tus alas ir
Los plácidos recuerdos
De la niñez perdida,
Las bellas esperanzas
Del tardo porvenir.

Tú tiendes á mis ojos,
Cual vasto panorama,
Cuanto mi ser espera,
Cuanto en mi ser pasó.
Delante de mis ojos
Tu aliento desparrama
Los íntimos deleites
En que me embriago yo.

Las auras olorosas
Del lujurioso Mayo,
Mi espíritu adormecen,
Enervan mi valor.
Mi pensamiento embarga
Letárgico desmayo,
Y ¡ay necio del que entonces
Recuerde el trovador!

Del sol de Julio el fueho
Inspira solamente
Al moro que dormita
Tendido en el haren:
Y acaso allá en América
La perezosa gente
Tranquila en sus hamacas
Le gozará también.

Mas yo no cuento nunca
Por horas de mi vida
Las horas del estéril
Estío asolador:
A mí comienza el año
Con mi estación querida.
Yo vivo cuando mueren
El árbol y la flor.

Yo cuento solamente
Por horas de mi vida
Las en que siento ¡oh brisa!
Sobre tus alas ir
Los plácidos recuerdos
De la niñez perdida,
Las bellas esperanzas
Del tardo porvenir.

Tú solo eres, otoño,
Mi tiempo verdadero,
Mi edad, mi primavera,
Mi inspiración, mi Eden:
Envidia tengo entonces
De Píndaro y de Homero...
¡Ven, brisa de Setiembre,
Para mi gloria ven!

¡Mas dónde me arrebató
Mi loca fantasía?
¡A dónde va buscando
Belleza y poesía,
Perdida de los vientos
Sobre la azul región,
¡Cuándo la misma brisa
Me llevará delante
Del dulce y melancólico
Poético semblante
De Flor, que la respira
Con vaga distracción?

Del muro solitario
Abierta la ventana,
De amor y de hermosura
Como ilusión ufana,
Su suave y espesivo
Contorno deja ver:
Y allí desde la altura,
La distraída niña
Aspira el aromado
Vapor de la campiña,
Que con las brisas viene
Sus rizos á mecer.

La sien sobre su diestra
Reclina, que doblada
Mantiene su cabeza
Bellísima inclinada,
Con expresión tranquila
De dulce languidez:
Y embebecida en vagos
O tristes pensamientos,
Está en uno de aquellos
Pacíficos momentos
En que reposa el cuerpo
Y el ánimo á la vez;

En una de esas horas
De indefinible calma,
En que tristeza dulce
Nos adormece el alma,
Y plácidos recuerdos
Fermenta el corazón:

En una de esas horas
De insomnio y poesía,
Cuyo beleño blando
En su aura nos envía
Tan solo del otoño
La mágica estación.

Sonrisa melancólica
Sus labios hermosa;
Con sus flotantes rizos
El aura juguetea,
Lasciva acariciando
Su rostro juvenil.
Mas nubla la tristeza
Sus ojos de paloma,
Y á sus mejillas puras
La palidez asoma,
Sus rosas marchitando
Con tintas de marfil.

Tal vez pesar secreto
Su corazón abruma:
Tal vez alimentada
Sin tiempo la consume
Efímera esperanza,
Recuerdo engañador.
Mas niña que en sus bellos
Abriles apetece
La soledad, y llora,
Medita, y palidece,
El mal que la atormenta
No es mas que mal de amor.

La tez de Flor-del-Alba,
Amor es quien marchita;
Amor es el impulso
Que á contemplar la incita
El contorno ilimitado
Del hondo porvenir:
Medita, y ambos ojos,
Por la erial campiña,
Llorando sus enojos,
Tiende la pobre niña;
Vese acuitada y huérfana,
Y ansía por morir!

CAPITULO VIII (1).

I.

UN AÑO DESPUES.

En una estrecha, y oscura,
Y torcida callejuela,
De la coronada villa
Por dó Manzanares lleva
Su corriente tortuosa,
Tan pudibunda y modesta,

(1) Aquí entra lo que ha escrito en este cuento el señor García de Quevedo.

Que mas que el agua del río
Se ve del fondo la arena:
En una calle, dijimos,
Por lo estrecho, callejuela,
Y mas oscura y torcida
Que el laberinto de Creta,
Hay una casa, de pobre
Aunque muy limpia apariencia,
Que parece de artesanos
Acomodada vivienda;
Mas la gente que la habita,
Tal vez por causas secretas,
Al trato con sus vecinos
Con tanto tesón se niega,
Que las comadres del barrio,
Aun las mas duchas y arteras,
Que á descifrar un enigma
Al diablo se las apuestan,
Averiguar no han podido
Qué gentes serán aquellas;
Y eso que ha ya mas de un año
Que á fijarse allí vinieran.
Un viejo son y una jóven,
Segun los curiosos piensan
Del andar y la apostura
De los dos, cuando á la iglesia
Parroquial, por las mañanas
A misa van; unas no aciertan
A descubrir ni su clase,
Ni sus medios de existencia,
Ni sus rostros, que embozado
El en una capa negra,
Y ella en manto muy cumplido
El talle y la cara envuelta,
Jamás vislumbrar dejaron
Mas que un ojo y media ceja:
—Y esto es lo que á las comadres
Mas enfada y desespera.—
Y ensartando á troche y moche
Mil conjeturas diversas,
Hay quien supone al anciano
Personage de gran cuenta,
Que disfrazado se encubre,
La ley temiendo severa,
De algun horrendo delito
Por evitar la sentencia.
Quién dice que es un avaro
Recien venido de América,
Que oculta inmensos tesoros
Bajo hipócrita pobreza;
Y no falta quien de espía
Acusándole, asevera
Que fué un tiempo muy su amigo
Allá en la corte de Viena.
Y aquí es de escuchar el coro
De las maldicientes viejas,
Que en los dos desconocidos
Su impotente saña ceban;
Y ensalzando al rey Felipe
Hasta la azulada esfera,
Juran con ardiente rabia
Contra la gente tudésca.
Mas las opiniones todas

En una cosa concuerdan;
Y es que al dejar al anciano
Por su jóven compañera,
Todos suponen á una
Que debe de ser muy fea,
Y pues que va tan tapada,
Al menos bisoja ó tuerta.
Juicio comun de los hombres,
Que creen que les hace ofensa
Quien oculta propias cuitas
De diferencias ajenas,
Y pongan culpas soñadas
Con calumnias verdaderas.

II.

EL ENCUENTRO.

Desempedrando la calle,
En una andadora yegua
Que del Betis cristalino
Nació en la verde ribera,
Cuando el moribundo rayo
Del sol se vislumbra apenas,
En los extremos remates
De las mas altas veletas,
El dios Marte en la apostura,
Si de bondad no tuviera
Clara espresion amorosa
Su pálida faz morena,
A trote largo va un mozo
De veintiocho años á treinta:
Y al desusado ruido
Que al chocar sobre las piedras,
Producen las herraduras
De la trofadora yegua,
Acuden á sus balcones
En ruidosa competencia,
Hombres, mujeres y ancianos,
Y chiquillos y mozuelas.
Mas no mira el pasajero
Que causa gran estrañeza
En el apartado barrio
Su noble y marcial presencia;
Y en pensamientos profundos
Sumida el alma, las riendas
Sobre las trenzadas crines,
Al aire flotando sueltas,
Va cruzando cual si el sino
Dirigiese su carrera,
Estátua ecuestre animada
Por la circunstante escena.
Mas al pasar por delante
De la misteriosa puerta
De aquella casa, que escita
Curiosidad tan intensa,
A una exclamacion gozosa
Que pronunció una voz tierna,
Lleno de asombro el viandante
Alzó la noble cabeza;
Y mientras con diestra mano

El brioso animal refrena,
Las espesas celosías
Por atravesar se esfuerza,
Con miradas que un abismo
De indómito amor revelan.
Entreabrióse la ventana,
Y mas hermosa que estrella
Que al triste náufrago anuncia
El fin de horrible tormenta;
Mas plácida que la luna
Cuya blanda luz ríela
Sobre las olas de un lago
En noche clara y serena;
Mas bella que la esperanza,
Y como la dicha bella,
Asomóse un breve instante
Una mujer; la sorpresa
Embargó la voz del mozo
Un punto, mas luego: "¡Es ella!
Esclamó:—la celosía
Cayó; mas una ligera
Señal de la hermosa jóven,
En su sencillez compleja
Dijo al mancebo: "No tardes
En volver, que aquí te esperan.
Y en el lenguaje espresivo
De su mirada resuelta,
Contestóla él: "No haré falta."
Y clavando ambas espuelas
En los lucientes hijares
De la trotadora yegua,
Va por la calle torcida
Corriendo á toda carrera.

III.

LA CITA.

Cubre la tierra y los aires
De temerosa pavora,
La tétrica soberana
De las tinieblas profundas,

Entre apiñados celajes
Que con su sombra la enlutan,
Y sin una sola estrella
Que clara á su lado luzca;

Fanal pálido y sin brillo,
Cual la llama moribunda
De distántísimo faro,
Sigue su curso la luna.

Duerme tranquilo el magnate
Sobre su lecho de plumas;
Y en su mal jergon el pobre,
Acaso en sueños se burla

Del cansancio y la fatiga,
Del frio y de la hambre ruda,

Y al despertar ¡infelice!
Le aguardan nuevas angustias.

Todo duerme ó todo calla,
Y ni una mosca nocturna
Viene á turbar con su vuelo
Aquella calma profunda:

Cuando á deshora, embozado,
Por la callejuela oscura
Sube un hombre, con pisadas
Que á duras penas se escuchan.

Mas de aquella misteriosa
Casa, al llegar á la altura,
Paróse la sombra viva
En actitud de quien busca;

Y luego, cual si en las hondas
Tinieblas que lo circundan,
Mirar pudiesen sus ojos,
Y librarle de sus dudas;

Desembozóse, apoyando
Contra la pared vetusta
Los hombros, mientras las manos
Con suma destreza pulsan

Una española vihuela;
Y con voz de gran dulzura,
Tal de la noche callada
El hondo silencio turba:

"Flor-del-Alba, encantadora,
Que escedes en hermosura
La del dia;
Oye, del alma señora,
El canto de mi amargura
Y agonía.

Despierta, señora mia,
Oye el acento angustiado
De mi queja;
O muerto me hallará el dia,
Contra los hierros clavado
De tu reja;

Despierta, mi bien..." Y el canto
Del enamorado espira;
Que en lo oscuro,
Con crudo, zeloso espanto,
Moverse otra sombra mira
Junto al muro.

Y arrojando el instrumento,
Y requiriendo la espada
Decidido,
Va mas ligero que el viento,
Contra la sombra callada,
Sin ruido.

"¿Quién va? quién es él? qué busca?
Pregunta la voz sonora

Del amante;
—Pregunta es esa muy chusca,
Señor Don Pedro; en mal hora
Vuestra errante

Estrella os trajo á mi nido,
Que yo dia y noche velo
Mi tesoro.
Y cuidad, que no descuido,
¡Sino guardo con desvelo
Su decoro!

—Su padre sereis, sin duda,
Y á tal nombre mi coraje
Me abandona:
Por eso mi lengua muda
No responde á vuestro ultraje...
—Quien blasona

Como vos, de bien nacido,
De valiente y generoso,
No así artero
Del enemigo dormido...
—¡Sellad el labio injurioso,
Caballero!

Si entre las sombras oísteis
Cantar sentidas endechas
A mi amor,
Nunca acusarme debísteis,
Ni herirme así con sospechas
De traidor.

Solo vos teneis la culpa
De este arrojado temerario
Que os aira:
Sirva á mi alma de disculpa,
Este volcan incendiario
En que espira.

Fiel amaré hasta la muerte
A Flor-del-Alba, os lo juro
Por mi nombre;
¡Que nada puede la suerte
Contra el amor firme y puro
De tal hombre!

—¡Os jactais de caballero,
Y así labrais el desdoro
De una dama,
Sin averiguar primero,
Cual cumple á vuestro decoro,
Si ella os ama?

¡Oh Don Pedro! sois muy mozo,
Mas yo á vuestra edad tenia
Mas prudencia:
Y os declaro sin rebozo...
—¡Perdonad al alma mia
Su impaciencia!

¡Oidme solo un instante,
Y os dolereis, es seguro,
De mi amor!

—Bien: ¡y de aquí en adelante
Me obedecereis?—; Lo juro
Por mi honor!

—Venid pues," dijo el anciano.
Y de una linterna oculta
Haciendo lucir los rayos,
Que las tinieblas alumbran,

Abrió la ferrada puerta
De la mezquina casucha,
Y al portal angosto entraron,
Dejando las hojas juntas,

Detrás Tellez, y él delante,
Como dos sombras confusas,
Quedando la callejuela
Muda como antes y á oscuras.

CAPITULO IX.

I.

ESPERANZAS.

Como el cansado náufrago
Que en tempestad bravía,
Lucha en las olas tórbidas,
Cercano á la agonía;
Y la impotente mano
Esfuerza el triste en vano,
Mas que rendido, trémulo
De susto y de pavor;
Mas si de pronto fúlgida,
De próxima ribera
Brilla una luz, el ánimo
Recobra que perdiera,
Y el brazo ya rendido
Al mar tiende atrevido,
Nadando en curso rápido
Al faro salvador:

Tal en el hondo piélago
Del mar de nuestra vida,
Cuando del mal la indómita
Tormenta embravecida,
Ruge con furia insana
Contra la raza humana,
Fluctúa el hombre, férvido
Ansiando por morir.
Mas si á deshora, límpida
Cual la naciente aurora,
Surge de pronto al mísero,
Del bien anunciadora,
Iris de eterna alianza,
La plácida esperanza;
Con nuevo brio esfuerzase
El triste por vivir!

Sin tí, dulce esperanza, compañera,
Del hombre, en este mundo engañador,

¡Cuán poca la virtud! cuán poco fuera
El genio á sostener vuestro valor!

Tú eres el don mas alto que del cielo
La mano del Criador hizo al mortal;
Todo perece en nuestro triste suelo,
Todo, menos tu influjo celestial.

Hija de Dios, de su bondad esencia,
Eres blanda como él, como él divina;
Del sumo manantial de su clemencia,
Brotaste, pura fuente cristalina.

Bálsamo del dolor inconsolable,
Brisa refrigerante en la agonía,
Eres al poderoso y miserable,
Lo que á los campos es la luz del día,

La luz que alumbraba, el fuego fecundante
En el cual la creación enardecida,
Se ostenta fuerte, hermosa y rozagante,
Llena de gracia, y juventud, y vida.

Contigo, alma esperanza, el mar del mundo
Animosos surcamos los mortales;
Que crudo no hay dolor, ni mal profundo,
Do viven tus consuelos celestiales.

Y en el abismo del dolor eterno,
Mansion del torvo arcángel maldecido,
Si penetraras tú, no hubiera infierno;
¡Que solo es infeliz quien te ha perdido!

II.

ESPLIJACIONES.

De la pequeña linterna
A la luz incierta y pálida,
Van entrambos caballeros,
Tellez detras, delante Alba.
Y atravesando el oscuro
Corredor, y la empinada
Escalera, suben ambos
Sin hablar una palabra;
Que cuando los pensamientos
Se enseñorean del alma,
Como mas se siente entonces,
Menos entonces se habla.
Al fin el viejo una puerta
Abrió, y en estrecha sala,
De muebles y colgaduras
Bastante pobres ornada,
Entraron, y en una silla
Dejando el viejo la capa,
Y ofreciendo á Tellez otra,
Con dura y triste mirada:
"Ahora bien, Don Pedro, dijo,
Ya escucho vuestras palabras.
El jóven, con gran mesura,
Aunque en voz robusta y clara,

¡Sois todo un hombre, Don Pedro!
¡Flor-del-Alba! ¡Flor-del-Alba!

III.

FELICIDAD.

Bello es el astro rey del claro día;
Bellísima su luz fecundizante;
Bella es la reina de la noche umbría,
Con su pálida luz, su brillo amante;
¡Pero mas bella aún, mas seductora,
Es la mujer que el corazón adora!

Bello es el césped del ameno prado;
Bellas son del pensil las gayas flores,
Y el campo de la nieve, nacarado,
Y del iris los fúlgidos colores;
¡Mas mil veces mas bella, mas querida
Es la mujer amor de nuestra vida!

Dulce es oír sonando en la espesura
Del céfiro la voz, como un gemido,
Y el arrullo en que pinta su ternura
La cariñosa tórtola en su nido,
Y el murmurio apacible de las fuentes,
Y el lejano mugir de los torrentes:

Y el rumor de las olas que golpean
La embarcación que en calma va indecisa
Cuando las lonas candidas flamean
Al blando soplo de espirante brisa;
Mientras allá en la popa, el marinero
Alza al cielo su canto lastimero.

Y el canto de los tiernos ruiseñores,
Y el confuso balar de los ganados,
Y la voz de espartísimos cantores,
Al compás de instrumentos acordados;
Y las primeras voces de cariño
Que trémulo pronuncia el tierno niño:

Y el cantar que compone mil cantares
Confuso, inesplicable en su armonía,
Que la tierra, y los vientos, y los mares,
Alzan al Criador al fin del día
Pero mas dulce aún, mas acordada,
Nos es la voz de la mujer amada.

Grato al altivo corazón del hombre
Es ganar por sí mismo fama y gloria;
Muy grato es escribir su propio nombre
En el eterno libro de la historia;
Grato es nacer en elevada cuna;
Gratos son el poder y la fortuna;

Gratísimo es salvar á un fiel amigo,
Que á nosotros clamó en su mal andanza;
Y aun mas grato humillar á un enemigo,
Que inmenso es el placer de la venganza;
¡Pero es mas grata aún y apetecida
La posesión de la mujer querida!

Empezó de esta manera:
"Cuando estuve en vuestra casa
De Villaldemiro, os dije,
Segun creo, por qué causa
Iba huyendo decidido,
De amigos, familia y patria;
Seis meses hará que aquella
Dama de régia prosapia,
Que mi padre, mas amante
Que cuerdo, me destinaba,
Casó con un archiduque
De la corte de Alemania;
Y el mismo tiempo ha que os busco
Por los ámbitos de España.
Anteayer volví á la corte,
Llena de dolor el alma,
Y al borde, por Dios os juro,
De una acción desesperada;
Cuando esta tarde, por dicha,
Descubrí en una ventana
De esta casa al bien que adoro,
A mi amor, ¡á Flor-del-Alba!
No queráis, pues, ser mas duro
Que la suerte: ¡á vuestras ansias
Os rendid!

—¿Quién? ¡Yo, Don Pedro,
Cometer la acción bastarda
De unir á sangre enemiga
La sangre de mis entrañas?
Mal me conocísteis, jóven;
¡Nunca perdonan los Albas!
Y antes prefiero ver muerta
A mi Flor idolatrada,
Que consentir ¡duro oprobio!
En que se unan vuestras razas."
—¡Pero, señor!

—¡Nada escucho!
—Pensad

—Pienso que fué harta
Mi bondad. ¡Queréis que olvide
Tanta sangre derramada?
—Se derramó en buena guerra.
—La fortuna hereditaria
De mi Flor, que vuestros deudos
—Os la devuelven intacta.
—¿Cómo?

—Mirad estas letras;
Para vos fueron selladas,
Y detras de vos corrieron
Conmigo, por toda España.
En ellas, el rey Felipe
Quinto os devuelve su gracia,
Vuestros títulos y honores,
Vuestras haciendas y casas:
Mi padre y yo, esto pedimos
Para vos al buen monarca;
Ved si consentís ahora
En mi unión con

—¡Flor-del-Alba!
Gritó gozoso el anciano,
¡Flor, Flor! Ven aquí, muchacha;
Despierta y vistete presto,
Que gran sorpresa te aguarda!

¡Amor, amor del alma inmaculado,
Raudal copioso, en la virtud fecundo,
Don del Omnipotente, el mas preciado,
Sumo poder, generador del mundo!
¡Cuán feliz quien de tí no desespera
A la mitad de la vital carrera!

Tú solo siembras de olorosas flores
El áspero sendero de la vida;
Al que sostienes tú, ¡qué los rigores
Son de varia fortuna, maldecida,
Si basta á guarecerle el seno amante
De la mujer, en su favor constante?

IV.

A las voces del anciano
Acudió Flor, presurosa,
Y al ver á Tellez, el alma,
De placer llena y zozobra,
Quedóse estática, muda,
Entre risueña y llorosa.
Turbado también Don Pedro,
Al ver la mujer que adora,
Presentarse ante su vista,
Mucho mas que antes hermosa,
Allá entre dientes balbucia
De política una fórmula;
Hasta que el viejo, impulsando
Suavemente á su hija absorta,
Dijo al dichoso mancebo:
"¡Y bien! ¡abraza á tu esposa!"
Y las dos almas amantes,
Que el placer casi acongoja,
Creyendo un sueño su dicha,
A un tiempo rien y lloran:
Sus alientos se confunden,
Sus labios casi se tocan,
Mientras que el prudente viejo,
Conociendo que incomoda,
Vuelto á las pobres paredes,
En sordo y ciego se torna.
—¡Ay Tellez!...

—¡Por qué suspiras?

—Aquella mansión dichosa
En que por la vez primera
Te ví...

—¡Qué?

—No es nuestra ahora.

—¡Por qué?...

—Vendíola mi padre.

—Mas la compró otra persona.

—¿Quieres volver?

—Si es agena....

—¡Y si esa razon no importa?

—¿Cómo así?

—¡Porque es de un dueño

Que con el alma te adora!

—¿Qué? el castillo...?

—Y sus terrenos,

Son tu regalo de boda.

—¡Iremos allá?

—Muy presto.

—¿Cuándo?

—¡A la próxima aurora!

CONCLUSION.

Serena, embalsamada, fresca y pura,
Es del florido Abril una mañana;
El padre Sol, de la celeste altura
Con magestad esplende soberana;
Y el aura que se queja en la espesura,
Y de avecillas mil turba galana
Que pia blandamente entre las flores,
Celebran la estacion de los amores.

¡Salve, tres veces salve, primavera,
Estacion del amor, yo te saludo!
¡Cuánto ¡ay! por tí esperando desespera
El mendigo infelice, que desnudo
Juzga eterna del tiempo la carrera,
En los rigores del invierno crudo;
Y á tu dulce calor vuelve á la vida,
Y el duro padecer acaso olvida!

Tú viste con tu manto de verdura
El monte y la llanura, el bosque y prado,
Devuelves al arroyo su tersura,
Al céfiro su aliento embalsamado;
Tú en nuestro corazon, de la ternura
Vivificas el fuego ya apagado;
¡Que al presentarse mi estacion querida,
Vuelve el mundo al amor, vuelve á la vida!

Yo te saludo, sí; mi humilde acento
Se pierde en la vastísima armonía
Que alzan la tierra, el mar y el vago viento,
Cuando destierra el sol la noche umbría:
¡Cuán grato es escuchar aquel concento
Que al espirar del moribundo día,
Aiza á su Dios la creacion entera,
Grata por tí, mi gaya primavera!

Todo tiene una voz: el bruto, el ave,
Las ramas, y las flores, y el capullo;
Mugen del mar las olas en voz grave,
La fuente en placidísimo murmullo:
Allá en las lonas de la inquieta nave,
Espira de la brisa el blando arrullo,
Y al cielo azul, en múltiple sonido,
Del canto universal sube el ruidido.

Era de Abril florido una mañana
Serena, embalsamada, fresca y pura,
Y entre fajas de azul y de oro y grana,
Brillaba el padre Sol en el altura:
La clara fuente que entre guijas mana
De una verde enramada en la espesura,
De guija en guija alegre va saltando,
Grato frescor á la campiña dando.

Y luego serpeando se estravia
Por tortuosa y áspera vereda,
Volviendo á aparecer so la sombría,
Copuda y amenísima alameda
Que hácia un palacio fastuoso guía,
Semi-oculto en la fértil arboleda,
Y cuya planta el bosque así domina,
Como el roble á la frágil clavellina.

Y encerrado en un marco de esmeralda,
No lejos del espléndido castillo,
De un empinado cerro en la ancha falda,
Se mira un pintoresco pueblecillo:
Y en la cima del cerro, y á la espalda
Del pueblo, contrastando en lo sencillo
Con el solar altivo castellano,
Pobre se mira alzar, templo cristiano

Modesto, pero limpio:—en la blancura
De sus tapias, imágen muy sencilla
De aquella religion sublime y pura
Que predicó el cordero sin mancilla:
En cambiantes vivísimos fulgura
El sol vivificante de Castilla,
Proyectando en los árboles añosos
Que le cercan, mil discos luminosos.

El cerro y la llanura, cuanto abarca
La vista en derredor, surge lozano
En la antes aridísima comarca
De aquel rincón del suelo castellano:
Llano, y monte, y castillo, la honda marca
Llevan de alguna poderosa mano
Que mostrárseles quiso protectora,
De su antiguo esplendor restauradora.

En torno del castillo, en mil cañadas
Murmuran las corrientes cristalinas,
Que corrian en turbidas quebradas
Ha poco:—rubicundas clavellinas,
Pálidas azucenas nacaradas,
Renúnculos y rosas purpurinas,
Cercan en derredor las mansas fuentes,
Mirándose en sus linfas transparentes.

Por bajo los espesos emparrados,
Y á la sombra de amenos bosquecillos
De mirtos olorosos y granados,
Gorgean mil pintados pajarillos:
Triscan sobre la yerba de los prados
Balandando los inquietos cabritillos,
Mientras tendido en la esmaltada alfombra,
Los vigila el pastor allá en la sombra....

Y allá del cuadro en el fondo,
El castillo se dibuja,

Cerrando la perspectiva
Con su imponente estructura.

De su puerta, cuyas hojas
Hasta entonces estaban juntas,
Enlazadas de las manos
Salen hasta dos figuras.

Un galán son y una dama,
Esta de rara hermosura,
De aquel, la morena faz
Benigna á un tiempo y adusta,

Revela un pecho animoso
Y un alma toda ternura;
Y en su talle compitiendo
Van fuerza y gracia confusas.

¡Cuán hermosa es Flor-del-Alba!
¡Cuán extrema es la apostura
Del enamorado esposo!
¡Cuán de ambos la ventura!

Andando van, y ni miran
Las flores, ni el canto escuchan
De las trinadoras aves,
Que suena entre la espesura.

Uno al otro se contemplan
Con atención tan profunda,
Que al mirarlos se diría
Que son dos almas en una.

Apoya Flor en el cuello
De Tellez, la diminuta
Mano, mientras él rodea
Con el brazo su cintura,

Humedecidos los ojos,
No con lágrimas de angustia,
Sino con el dulce llanto
Del amor y la ternura.

Y sus labios se sonrien,
Y por besarse se buscan,
Y ella se embriaga en su amor,
Y él se embriaga en su hermosura.

Mientras que allá entre la sombra,
La faz del anciano oculta,
Al contemplar tanta dicha,
De gozo se desarruga.

Y en tanto el sol prosiguiendo
Va en su carrera fecunda,
Al traves de una mañana
De Abril aromosa y pura.